

## **“ ALSASUA, EL DÍA DE LOS PUCHEROS QUEMADOS...”**

Estamos en el 1 de Agosto del año 1.955. Ese día en Alsasua repicaban campanas de boda ya que matrimoniaban Alberto Campo con Dolores Guinea, vecinos y residentes en la localidad y como la novia era prima carnal del celebre artista Luis Mariano se supo en la vecindad que éste acudía a la boda acompañado de sus padres, familiares, etc. ¡Casi nada!

Por aquellos años, en los que aún no se conocía la televisión, al menos por estos lares, el celebre cantor de Irún era ya famoso mundialmente; se le escuchaba diariamente a través de las emisoras de la provincia y nacionales en las programas musicales. Las canciones por él interpretadas se escuchaban por los radioyentes con fruición apasionada. O sea que, a través de las onda hertzianas nos sabíamos de la gloria y fama del cantante, por las solicitadas melodías , por las ventas de sus discos, actuaciones en directo en fastuosas galas de las capitales de la nación y también conocíamos su simpatía y galanura personal por medio de sus musicales películas, unas en blanco y negro y otras coloridas que hacían soñar a las gentes de toda clase, ya que corrían tiempos duros de posguerra y el personal de a pie necesitaba de ensoñaciones auto personales, la cruda situación real limitaba muy mucho cualquiera quimera de utopías. Luis Mariano brillaba con luz propia de super/estrella del momento en el mundo entero.

En la Villa, a las doce del mediodía, todo el que no estaba sujeto a las labores de campo o industriales, salió a la calle. ¡A ver en persona al mítico Luis Mariano! El caso curioso que da pie al título del escrito, se dio al acontecer lo siguiente: la boda se iba a celebrar a las doce del mediodía pero la comparsa nupcial no acudía a la llamada de las campanadas parroquiales y la causa no era otra que, no acababan de llegar los ilustres parientes y familiares desde Irún y Francia. Y pasaba la hora de retraso y los minutos no se contabilizaban porque la curiosidad de ver en cuerpo y alma al afamado artista podía mas que las voluntades de las amas de casa, entre otras, de vigilar los pucheros y su potaje en cocción. ¿Quién se acordaba de ir a casa y de los <perolos en la lumbre si el galán, el de la voz atenorada, estaba al llegar? Hay fotos y cintas de video que testimonian el fenómeno ocurrente un tanto peculiar e insólito de una población con un hábitat de alrededor de 5.000 vecinos por aquel entonces, manifestándose de tal manera. Increíble espectáculo el que se daba, las gentes expectantes bordeando las aceras de la carretera y en la plazoleta del Ayuntamiento, bajo el piso del edificio donde residía la novia. Conociendo la idiosincrasia introvertida de los lugareños; mas bien de corte pueblerino, gentes tímidas, lo que se llevaba al decir <recogidas>. Esto ocurría en la década de los 50 y lo anecdótico tiene muchas lecturas al día de hoy.

Por fin, con casi dos horas de tardanza, bajando por la nacional uno que atravesaba la población, carretera de Celay Txiki, aparecieron los lustrosos

invitados y Mariano saludando desde el descapotable cadillac, sonriente con gesto divertido y a la vez sorprendido por la expectación existente.

El ambiente subió de tono y junto a los contrayentes, convidados y demás, las buenas gentes del lugar, auto/invitándose, todos en tumulto, se adentraron en la Iglesia Parroquial. Desde el inicio de la ceremonia, aquello se parecía más aun gallinero, ( de verdad ), dada la psicosis y atención que emanaba el personaje en cuestión. Así pues, durante el rito sacramental, el personal allá presente, no guardaba compostura ni mínimo recato dentro del sagrado templo, por lo que el señor cura oficiante, don Luis Lezaun, asistido por el coadjutor don Juan José Laco, se las veían y deseaban para mantener el orden y llamaron la atención de la feligresía, voz en grito, en varias ocasiones, ante la situación escandalosa e irrespetuosa que en sus mismas narices se daba. Se encontraban visiblemente enojados, ¿que digo molestos?, era un cabreo e impotencia manifiestos ante la desconsideración patente del personal allí presente.

Tanto Luis Mariano como su madre Gregoria, ejercieron de padrinos y en un intermedio, el artista guiado por los monaguillos Emilio Goicoechea y Fernando Suescun, subió al sitial del coro de la Iglesia y arropado por las notas musicales del imponente órgano que en la Parroquia aún se conserva, entonó con profesionalidad exquisita el Ave Maria de Schubert. Yo recuerdo de aquel evento, el resonar en las arcadas románicas del templo, el eco límpido de su voz de cristal, sutil y delicada en las entonaciones suaves y plena de agudeza tesitura brillante cuando la oración melódica llegaba a su cenit. Inolvidable interpretación <a capella> en el claustro eclesial de la eterna melodía, brindada por Luis Mariano en homenaje a los contrayentes. Pero después...

En acabando la ceremonia nupcial, las gentes se alteraron si cabe aún más. Imagínense ustedes la situación. De una parte, la incompuesta y el desmadre de los presentes grandes y pequeños que se subían y pateaban las bancadas por ver más y mejor, invadiendo hasta el entarimado suelo del altar; vamos un caos bíblico. Y por la contraparte, los dos sacerdotes con los rostros rojos de indignación, el señor párroco, obeso él, a punto de explotar y el fornido J.J. Laco, arremangado éste, los brazos en jarras, echando a empujones fuera del altar a los escandalizantes e irrespetuosos alsasuarras. Ni con Dios y ayuda pudieron traer a la compostura y el orden desbordados por la atracción y curiosidad que la figura de Mariano aureolada.

Y como dice la canción: “ Y nos dieron las doce, la una, las dos y las tres...” Y las tantas también. ¿Pues no se iban a quemar los pucheros, eh?

Acabaron refritos los patriarcas padres de familia al regresar de las fabricas y campos de cultivo y oler el potaje a cuerno quemado. Y como hemos visto, hay que incluir en el requemado al mismísimo Clero.

De todo lo cual doy fe y hago constar, al estar allí de cuerpo presente.

**José Crespo**